

## ***La Educación Católica, creando raíces profundas para la vida. ¿“Fracasa la Educación Católica en Puerto Rico”?***

Por: P. David Vargas Grajales

Mucho se ha hablado en los últimos días sobre la evidente y para muchos, muy preocupante crisis por la que atraviesa la educación católica. Crisis que muy lejos de obedecer a una “ausencia de fe” (frasecilla con la que se ha pretendido disfrazar la realidad, de la misma forma que se hace siempre) y una simple situación económica, se debe entre muchos otros factores a la persistencia en doctrinas y tendencias retrogradadas y alejadas de la realidad individual, desligadas del contexto local, nacional y mundial que nos rodea, y a los evidentes y repetitivos “slogan” de fracasos que llenan diariamente las páginas de los medios de información. La afirmación “Fracasa la Educación Católica” si denota la ausencia de fe y esperanza –tan necesarias en nuestro seguimiento radical de Cristo resucitado. Por otro lado esta afirmación imprecisa puede llegar a ser el motor que impulsa a la toma de decisiones trascendentales en nuestra educación católica y a su vez el eje imposibilitador para que se de el verdadero ardor evangelizador que nos pide la V Conferencia Episcopal Latinoamérica en Aparecida (2007):

“La misión primaria de la Iglesia es anunciar el Evangelio de manera tal que garantice la relación entre fe y vida tanto en la persona individual como en el contexto socio-cultural en que las personas viven, actúan y se relacionan entre sí. Así procura “transformar mediante la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y el designio de salvación”

“...entendemos que el maestro educa hacia un proyecto de ser humano en el que habite Jesucristo con el poder transformador de su vida nueva. Hay muchos aspectos en los que se educa y de los que consta el proyecto educativo, pero siempre desde el modelo y la enseñanza de Jesús de Nazaret”.

Aprovecho la oportunidad para puntualizar el modelo de la educación que ha desarrollado nuestra Iglesia Católica, que con gran testimonio ha dado signo de presencia de Cristo – Maestro de maestros y Servidor de todos y a su vez acercarme con humildad a aquellas realidades que nos han alejado de nuestro Norte Evangelizador- Misionero.

*Con una mirada de fe y esperanza....*

Tal vez, hemos pensado que las estadísticas sobre la práctica religiosa de nuestros directores, principales, maestros, padres, niños y jóvenes son como para echarse a llorar. Esto no quiere decir que quien no va a la iglesia haya perdido necesariamente la fe; no, lo que sucede es que se sustituye a la religión instituida por Cristo por la llamada religión "a la carta". En Estados Unidos dicen "pick and choose", toma y escoge. Como en el supermercado. Dejando la metáfora, cada quien se hace su propia idea de Dios, de la oración y se queda tan

tranquilo. A esto añadimos los datos presentados en la ponencia *El Mundo de los Jóvenes desafía a la Educación* del Dr. Antonio Pérez Esclarín (2006):

“Vivimos tiempos de incertidumbre y crisis, por ello, también de retos y oportunidades. Los cambios vertiginosos nos asoman a un mundo desconocido y complejo y nos estamos quedando sin seguridades ni convicciones. De la duda como método para construir un mundo de certezas, pasamos a la duda como única certeza. Sin absolutos ni ideales, los seres humanos nos estamos refugiando en la trivialidad de las cosas. El mundo se ha transformado en una cosa repleta de cosas y el propio ser humano se está transformando en una cosa, una mercancía, que se usa, compra y vende. El tener se impone sobre el ser y las cosas determinan el valor de las personas. Impera el relativismo ético en que cada uno decide qué es bueno y qué es malo, qué se puede hacer y qué no se puede hacer. Para tener todo es lícito y crece pujante la violencia y las economías subterráneas del secuestro, el sicariato, la corrupción, el tráfico de armas y de drogas. Lo peor es que nos estamos acostumbrando a considerar como normal este mundo tan anormal, y la propia fe y la religión parecen desangeladas, sin espíritu, que ya no invitan a cambiar de vida, sino a encontrar consuelo en esta vida tan mediocre. La crisis actual se expresa con fuerza en la grave crisis de las instituciones tradicionales de socialización de los jóvenes: la familia y la educación. Los padres han renunciado a su papel de primeros y principales educadores de sus hijos, y la ruptura y superación de la familia tradicional hace que los niños y jóvenes crezcan solos, frente al televisor y los aparatos electrónicos que son hoy los principales educadores de los jóvenes. La televisión está acabando con la infancia y al mismo tiempo infantiliza a los adultos, les impide su maduración. Por otra parte, banaliza la violencia y crea adicción a ella. Los medios tecnológicos están sustituyendo el encuentro personal por encuentros virtuales y los jóvenes tienden a vivir en un mundo imaginario, sin mucho contacto con la realidad que los deprime. Los centros educativos siguen demasiado encerrados en sí mismos, preocupados por cuestiones académicas y escolares, cada vez más alejados del mundo de los jóvenes, de su cultura, de sus inquietudes y preocupaciones. Están también disociados de la familia y de la nueva cultura tecnológica. La maquinaria escolar fomenta el fracaso de los que más educación necesitan, y el fracaso escolar contribuye al fracaso personal y a la inadaptación social. Ante esta realidad, es urgente una educación que se anime a tender puentes con la juventud. Una educación construida desde el diálogo generacional sincero que dé pie a nuevas propuestas. Para ello, es necesario empezar a cambiar la mirada y aprender a mirar a los jóvenes con los ojos del corazón, para no verlos desde nuestros prejuicios y visiones subjetivas y parcializadas; para intentar comprenderlos más que juzgarlos, para valorar sus riquezas y, a partir de ellas, ayudarles a construir su proyecto de vida. Esto nos va a obligar a repensar profundamente la educación, y en especial la educación católica, que hoy parece haber perdido liderazgo y credibilidad.”. • (PP 8-28)

El Dr. Pérez en este análisis que realiza resalta a grandes rasgos una profunda mirada de nuestro mundo actual y subraya la tensión que existen en las dos instituciones fundamentales de socialización de nuestros niños y jóvenes: la familia y la educación. Esta mirada lejos de ser una autocrítica tiene elementos muy esperanzadores: fortalecer la misión tanto de la familia como de la

educación católica rescatando los elementos de liderazgo y credibilidad. De mi formación en Italia (Roma) recuerdo con gran cariño una de las películas del neorrealismo italiano "El techo" ("Il tetto"), escrita por Cesare Zavattini y dirigida por Vittorio De Sica. Dos jóvenes, pobres y enamorados, se casan, pero no tienen una casa. En las afueras de Roma tras la segunda guerra mundial, inventan un **sistema** para construir una, luchando contra el tiempo y la ley (si la construcción no llega hasta el techo, en la noche será demolida). Cuando al final terminan el techo están seguros de que tienen una casa y una intimidad propia, se abrazan felices; son una familia. He visto repetirse esta historia en muchos colegios y escuelas católicas de nuestra isla y que han tenido que construirse una por su cuenta- siempre con sacrificio y esfuerzo. En ocasiones carentes de un currículo sólido y atemperado... Otras veces con dificultades de apoyo económicos, físicos y sistemáticos – administrativos o simplemente humano. La solidaridad, el entusiasmo, la alegría de trabajar juntos con el sacerdote y/o la religiosa (o) para dar a la comunidad escolar un lugar de amistad, oración y de encuentro con sus historias, con Dios; seguramente valdría la pena llevar a la pantalla como en la película de De Sica.

Esta realidad a la cual llamamos crisis – la cual deseo definir como “Atención vienen tiempos mejores” -va mucho mas allá, teniendo en cuenta que la Iglesia Católica ha logrado impactar aspectos vitales en la sociedad, uno de ellos la Educación. Con la Educación, tiene en sus manos una herramienta vital en la vida de una sociedad: *“la Educación Católica crea las raíces profundas para la vida”*. Alejarnos de ella significaría – en cierto modo- abandonar a la “buena suerte” el destino del hombre y la mujer del mañana. En este caso, se verifica lo que decía el filósofo Feuerbach: “Dios queda reducido a la proyección de las propias necesidades y deseos. Ya no es Dios quien crea al hombre a su imagen, sino que el hombre crea un dios a su imagen. ¡Pero es un Dios que no salva!”. Por el contrario, redefinir la educación católica sería el ejercicio de la caridad prescripto por el propio Jesús y su envío misionero de hacer que todas las realidades terrenas tengan el buen olor y el gran anuncio de la resurrección.

Con esta esperanza nuestra Arquidiócesis de San Juan ha iniciado un proceso sincero y genuino en pro de la educación católica de reestructuración no sólo en la dimensión fiscal-administrativa, que son necesarios para brindar los servicios de excelencia, sino en los esfuerzos y aspectos relevantes e indispensables que son intrínsecos de nuestra vida cristiana: el valor absoluto a la vida, la esperanza y la fe. Forjar aún con mayor ardor el amor a Dios, ser escuelas de Evangelización, de Justicia, de Confianza y de Paz. La reestructuración de las Escuelas Católicas Arquidiocesanas nos ha permitido retomar lo esencial de nuestra misión e identidad católica y caminar de forma esperanzadora hacia la casa del Padre con una actitud penitente: de humildad-reconociendo nuestros errores y debilidades- y de esperanza y confianza – colocando en Dios lo mejor de nuestro proyecto educativo católico-.

Pensar en la educación católica hoy es garantizar a nuestros niños y jóvenes el poseer raíces profundas para poder lidiar con los grandes retos del hoy y del mañana. Nuestro compromiso y proyecto educativo católico es capacitar a las personas para que tengan conciencia del amor de Dios y busquen tener comunión con él. Conozcan a Cristo y puedan corresponder a este amor de la

forma que les ayude a crecer como hijos de Dios, que puedan vivir conforme a su voluntad y mantener esta relación a lo largo de su existencia.